

Ruiz López, José M.

**La sagrada teología es la facultad más importante
aún socialmente considerada : discurso leído en la
Universidad Central / por Jose M. Ruiz Lopez.**

Madrid : Imprenta de Carlos Moliner y Compañía,
1856.

Vol. encuadernado con 25 obras

Signatura: FEV-AV-M-01428 (06)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

(6)

LA SAGRADA TEOLOGIA
ES LA FACULTAD MAS IMPORTANTE
AUN SOCIALMENTE CONSIDERADA.

DISCURSO
LEIDO
EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL
DOCTOR EN JURISPRUDENCIA
D. JOSÉ M. RUIZ LOPEZ,

EN EL ACTO SOLEMNE
DE RECIBIR LA INVESTIDURA
DE DOCTOR
EN LA FACULTAD DE SAGRADA TEOLOGÍA.

MADRID.
IMPRESA DE CARLOS MOLINER Y COMPAÑÍA,
Calle de la Estrella, núm. 17.

1856.

LA SACRADA TEOLOGIA
ES LA FACULTAD MAS IMPORTANTE
AUN SOCIALMENTE CONSIDERADA

DISCURSO

CRIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

FOR LA

DOCTOR EN JURISPRUDENCIA

D. JOSÉ M. RUIZ ROPAZ

EN EL AÑO 1826

DE RECIBIR LA INVESTIDURA

DE DOCTOR

EN LA FACULTAD DE SACRADA TEOLOGIA

MADRID

IMPRESO EN CILAS MONEDA Y LEYENDA

Calle de la Estrella, núm. 17

1826

Excmo. e Ilmo. Señor:

*Sapientia... misit ancillas suas
ut vocarent ad arcem, et ad moenia
civitatis. Prov. IX.*

¡Qué inquietud tan grande, qué sobresalto tan profundo ha sobrecogido á la sociedad moderna de algun tiempo á esta parte y en todos los paises, que apenas la deja vivir, sin hallarse remedio alguno para las graves dolencias que la oprimen! ¡Qué ha sucedido, para que un publicista español contemporáneo llamè con razon á la época presente, la era de los azares, de los imprevistos, de lo indefinido y vago que pesa sobre la suerte de la humanidad! Cuando el mundo entero disfruta de numerosos recursos de poder y de sabiduría, por haberse adelantado las ciencias hasta un grado muy atrevido en todos los ramos del saber, parecia natural que los pueblos gozasen de la tranquilidad á que ya pudie-

ran tener derecho despues de siglos y siglos de lucha; mas acontece justamente lo contrario. Crimenes, por decirlo así, de nueva invencion y con circunstancias tambien modernas, se ven al lado de recientes progresos en la carrera de la civilizacion. ¿Ha huido la virtud de la faz de la tierra, ó se han perdido el norte y la brújula que debian guiar á la humanidad en el derrotero de su destino? No hay reposo estable ni en lo interior, ni en lo exterior de las naciones, ni en las familias, ni en los individuos. Las complicaciones se aumentan en todos conceptos, agitaciones en todos los paises, observándose el contraste de que la turbulencia es mayor donde mas conocidos son los descubrimientos, que hace la ciencia del derecho y de la justicia. No parece sino que el temor es el estado normal de los pueblos y de los particulares: solo se sueña con la discusion de todos los derechos habidos y por haber en todas las naciones. Nuestra poderosa vecina, que inunda de libros al mundo, que ha logrado propagar su fácil aunque pobre lengua por un derecho semejante al de conquista, que pretende la supremacia del saber en todos los ramos, y con especialidad en política, sufre en breve tiempo calamidades consiguientes á los trastornos de mayor consideracion. Derriba dinastias y no sosiega, funda una república dirigida por personas notables, y no acierta á encontrar la felicidad que buscaba por ese medio. El cansancio y el temor de mayores males la rinde; y retrocede al punto de partida, sin haber hallado remedio nuevo ni científico para sus males. La pobre España, aprendiendo ciencias extranjeras y descuidando las propias, ni en unas ni en otras vé el consuelo para sus quebrantos. Un fiero conquistador intentó robarnos nuestra independenciam; pero unidos contra él con las poderosas armas del patriotismo y la lealtad, sin

otras murallas que nuestros pechos, escarmentamos su atrevimiento, y entonces tuvimos conciencia de nuestro valor. Gloriosos y ufanos por el éxito del combate, hemos trabajado por reconstruir antiguos edificios, dándoles nueva forma. Se han echado los cimientos con repeticion y los hemos creído siempre solidísimos: hemos trabajado sobre ellos; pero las obras, ó se han desmoronado por sí mismas, empezando por sus primeras piedras, ó nosotros las hemos destruido de un soplo, como un castillo de naipes; y vuelta á edificar otra vez con materiales nuevos, para ver si se logra mayor solidez. Dios lo haga, y quiera el cielo que se afirme la tranquilidad, que reclaman todas las necesidades públicas.

Esta rápida ojeada me obliga á preguntar: ¿seria Penélope el modelo que nos dejó la antigüedad, de lo que habian de ser las sociedades modernas? La gravedad de las cuestiones, que hoy agitan á la humanidad, no consiste, sin embargo, en su forma política, sino en lo que tienen de morales ó sociales. La política es únicamente la espuma que levantan las olas; pero la borrasca es mas recia, porque se conmueve el océano en su fondo. El móvil de la tempestad se halla en el abismo, y el agitador es Leviatan. Por eso no alcanza ya la habilidad de los pilotos. Es necesario recurrir á las instrucciones que nos envió el que tiene «recogidas las aguas del mar, como en un odre, y puestos en depósito los abismos. *Congregans sicut in utre aquas maris: ponens in thesauris abyssos* (1). Él es el que desbarata los proyectos de las naciones: deshace los designios de los pueblos, «é inutiliza los planes de los principes.» *Dominus dissipat consilia gentium: reprobatur autem cogitationes populorum, et reprobatur consilia principum* (2).

La confusion y el monstruoso laberinto en que el mundo

se halla envuelto, me hace volver los ojos á la única estrella polar, que debe guiarnos en todas las investigaciones científicas, sean políticas, sean morales ó sociales. Observo que todas las ciencias humanas son insuficientes para establecer la tranquilidad de las naciones, la paz y alegría del individuo. Examinarémos en globo las enciclopédicas facultades modernas, que puede decirse pretenden abarcar todos los conocimientos; pero como la raíz de los males es puramente moral, según verémos, necesario será reconocer la grave importancia de la facultad, á la cual corresponde restablecer *científicamente* el único imperio, que puede remediarlos, y que ha desaparecido de los corazones, en que debia tener su asiento, á saber: el imperio de la conciencia pública y privada; y como esta facultad es la Sagrada Teología, podemos sostener que es *la mas importante, aun socialmente considerada*, como que produce el mayor de todos los bienes.

Muy conveniente, en verdad, es el imperio de las leyes humanas; y parecen los pueblos condenados por la Providencia á no hacer otra cosa que ocuparse perpétuamente en su restablecimiento. Este es el *desideratum* de la humanidad entera, acaso para que tengamos siempre á la vista nuestra miseria y limitacion. Pero es tan poquísimo lo que alcanzan las leyes de los hombres, que la esperiencia de los siglos y aun la ciencia misma, nos autorizan para notificar al mundo este divino é irrefragable *ultimatum*. No hay remedio: nada

absolutamente conseguiréis, si no se restablece el imperio de la conciencia: es el de Dios, legislador supremo, en cuya ley deben fundarse todas las determinaciones humanas, sean de la clase que fueren: porque *Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant eam* (3). «Si el Señor no es el que edifica la casa, en vano trabajan los fabricantes.»

¿Qué ciencia, qué facultad es la que se encarga de remediar los daños morales, que afligen al mundo en la presente época? No se diga que hoy absorven toda la atención los intereses llamados materiales, y que se descuidan los de otro género. Pues qué ¿se escribe y se habla poco en todos sentidos y de todos objetos? ¿En qué consiste, no obstante, que escribiendo muchos y hablando todos, no se resuelve jamás el problema de la felicidad pública? ¿Qué hacen las ciencias, que mas bien parece debian contribuir á ello segun las materias de su respectivo exámen?

¿Qué hace la Jurisprudencia? ¿No dijo el señor Rey Don Alfonso el Sábio que «la sciencia de las leyes es como fuente de justicia, e aprovechase della el mundo, mas que de otra sciencia?» (4) ¿Pues por qué hoy dia que se averiguan todos los orígenes del derecho, no es la Jurisprudencia la facultad que resuelve el indicado problema? No: no es la ciencia de que mas se aprovecha el mundo; y esas palabras no espresan otra cosa que vanidad, propension muy antigua de los juriconsultos, engreidos con la alteza de sus funciones. Ya los de Roma habian tenido la pretension de que la Jurisprudencia fuese *divinarum atque humanarum rerum notitia* (5), «el conocimiento de las cosas divinas y humanas.» Les pareció poco todo lo humano y quisieron apropiarse todo lo divino.

Tan distante se halla la Jurisprudencia de resolver la cuestion, que mientras los juristas y diplomáticos sueñan con la paz universal, el mundo entero se apresta siempre á la lucha. No son los diplomáticos ni los juristas, con el exámen de cuestiones de mera posibilidad metafísica, los que han de dar la paz al mundo. Todas sus brillantes y humanitarias aspiraciones no podrán jamás destruir aquel consejo sapientísimo, que goza de todos los honores de una infalible regla de derecho. *Si vis pacem, para bellum.* «Si quieres paz,» «cuida de estar siempre apercebido para la guerra.» Así lo enseña la esperiencia de todos los tiempos, y no hay que cansarse. La Jurisprudencia, segun esta máxima respetable, no dispone de otro medio, para asegurar la paz entre las naciones, que del derecho militar; y en verdad que para eso no era necesario molestarse en proyectar utopias y delirios.

Respetemos, sin embargo, los esfuerzos de los sábios y su buena fé: rindamos, como amantes de la justicia, un tributo de acatamiento á los eminentes diplomáticos que en el novísimo congreso de Paris acaban de dar importantes pasos en el derecho internacional marítimo, echando los cimientos de un nuevo derecho público europeo. Habíase en Viena abolido la trata de negros, y estableciéndose la libertad de la navegacion fluvial; á Paris estaba reservada la gloria de abolir el corso, reducir á lo justo el bloqueo y echar la semilla de otros saludables principios. Háse reconocido con celebridad notoria muy recientemente el derecho de la neutralidad armada; pero, aun suponiendo y esperando mucho mayor é indefinido progreso en el derecho internacional, no os molesteis en fomentar la ilusion de la paz omnimoda. Toda la confianza estriba en pactos. Tened por seguro que se quebrantarán, porque ellos no curan las pasiones de los hom-

bres : humana y políticamente hablando , la paz solo se afirma con navíos de línea bien artillados y ejércitos bien instruidos. Por el contrario , si la conciencia domina , los pactos y convenciones se guardarán. No dominará , os lo aseguro , como la facultad de Teología no afiance el imperio de la fé. Es la única que científicamente puede realizarlo.

¿En qué se ocupa la moderna filosofía con sus pretensiones de tratar de *omni scibili et quibusdam aliis*? ¿Ha descubierto, por ventura , el antídoto para espeler de la sociedad el veneno que la corroe? ¿Qué doctrina filosófica alcanzará á establecer los principios que destruyan el continuo temor de que se levanten tempestades y huracanes, que sumerjan en el abismo el cuerpo social? Ninguna. Porque á las doctrinas filosóficas les falta unidad , autoridad y sancion: son por lo mismo impotentes para fijar la ley del mundo moral, que ni se conoce, ni puede conocerse fuera de la ciencia teológica. Si discurre la razon por sí sola , no hay mas que dudas, opiniones, sistemas y multitud de teorías que dividen á los hombres, como ha pasado en todos los siglos; y si aprende con el auxilio de la fé lo que trata de averiguar, entonces su ciencia es prestada de otra parte, y la filosofía reconoce su incapacidad.

La fisiología con el estudio de cráneos y cerebros , ¿descubrirá la enfermedad real y positiva de los hombres sanos? Ya se contentará con aproximarse á creer que conoce órganos y funciones; y *siempre* será para ella un impenetrable misterio la enfermedad grave, la enfermedad moral, que hallándose en el hombre , está en otra parte distinta de su cuerpo. No ha de ser física, no, la ciencia que haya de buscar el remedio. Si el fisiólogo es materialista, la lógica le conducirá inevitablemente á sancionar el egoismo , el mas acen-

drado refinamiento de la satisfaccion propia, la negacion de la libertad, y con la irresponsabilidad de todos los actos humanos tendrá por indiferentes todos los crímenes, incluso el de suicidio. No hay razon lógica, por ejemplo, para que el materialista conozca el principio ó máxima *quae tibi non vis fieri, alteri ne feceris*. Si es espiritualista, el campo es nuestro: al teólogo es á quien corresponde reglamentar el espíritu.

Pues, ¿y la flamante ciencia de la administracion pública, por qué no resuelve la cuestion de las revoluciones políticas y sociales modernas? Esas teorías y prácticas administrativas han descubierto por ventura la manera de administrar ó de gobernar, digámoslo así, al por menor, de modo que el poder supremo tenga en su mano los resortes de todos los movimientos y de todas las evoluciones, que pueden ejecutar todos y cada uno de los miembros del cuerpo social? ¿Será, por ventura, un remedio suficiente el descubrimiento *moderno* de la responsabilidad ministerial, exigiéndose á los administradores por los vicios de los administrados, y por los suyos propios en su caso y respectivamente? En verdad que es muy necesaria la aplicacion de esta doctrina en los tiempos que corren: lo reclama la ciencia y lo demanda la justicia. La responsabilidad legal es tanto mas necesaria cuanto menos se teme á la moral. Pero, abstraccion hecha de los obstáculos inmensos, que se ofrecen en la práctica y de que esta doctrina no pasa todavía de ser un bello ideal, una aspiracion de la ciencia jurídico-política, supongamos que la misma llegue á descubrir la manera eficaz de indagar, proceder y fallar en causas contra ministros responsables, ¿qué responsabilidad quedará para un gobernante que, despues de haber tenido habilidad suficiente para saquear un país, com-

prometer á una nacion entera, ó cometer delitos de igual gravedad, pero siempre funestos, posee lo que néciamente se llama filosofia bastante para suicidarse antes de que se le persiga en justicia? Su comportamiento no dejará de haber sido pernicioso, por mas que exigir la responsabilidad legal sea en el caso propuesto un hecho imposible.

— Importantísima es esta cuestion, que aspiran á resolver los hombres políticos; pero es mucho mas grave y eficaz la forma en que la misma cuestion se halla decidida en el libro de la Sabiduría: « Dad oidos á mis palabras, vosotros que tenéis el gobierno de los pueblos, y os gloriais de la sumision de muchas gentes. Porque la potestad os la ha dado el Señor: del Altísimo teneis esa fuerza; el cual examinará vuestras obras, y escudriñará hasta los pensamientos: porque siendo vosotros unos ministros de su reino universal, no juzgásteis con reclitud, ni observásteis la ley de la justicia, ni procedísteis conforme á la voluntad de Dios. Él se dejará ver, ó caerá sobre vosotros espantosa y repentinamente; pues aquellos que ejercen potestad sobre otros, serán juzgados con extremo rigor. Porque con los pequeños se usará de compasion; mas los grandes sufrirán grandes tormentos. Que no esceptuará Dios persona alguna, ni respetará la grandeza de nadie; pues al pequeño y al grande él mismo los hizo, y de todos cuida igualmente: si bien á los mas grandes amenaza mayor suplicio.» *Praebete aures vos, qui continetis multitudines, et placetis vobis in turbis nationum: Quoniam data est à Domino potestas vobis, et virtus ab Altissimo, qui interrogabit opera vestra, et cogitationes scrutabitur: Quoniam cum essetis ministri regni illius, non recte judicastis nec custodistis legem justitiae, neque secundum voluntatem Dei ambulastis. Horrendè et citò apparebit*

vobis: quoniam iudicium durissimum his, qui praesunt, fiet. Exiguo enim conceditur misericordia: potentes autem potenter tormenta patientur. Non enim subtrahet personam cuiusquam Deus, nec verebitur magnitudinem: et quoniam pusillum et magnum ipse fecit, et aequaliter cura est illi de omnibus. Fortioribus autem fortior instat cruciatio (6).

¿Qué medio tiene la administracion pública para descubrir otro cáncer maligno, cual es el de las sociedades secretas? Ninguno puede tener; y lo aseguramos con una razon tan evidente, que no admite réplica, á saber: no será muy secreta la sociedad que se descubra: luego si evaden la pesquisa las muy reservadas, poco se consigue con poner de manifiesto aquellas, cuyo sigilo sea poco temible. No se diga puerilmente que contra sociedades secretas, policías secretas. En buen hora; pero no es bastante por la naturaleza misma de la completa reserva que puede existir y hemos supuesto. Transigirémos, sin embargo, momentáneamente, concluyendo con una reflexion: ¿quién habrá de vigilar á esa policia y precaver sus crímenes? ¿Ha de establecerse un procedimiento y série infinita de espías y de espíados? Infernal y diabólica sería la sociedad, que no pudiera vivir de otro modo.

No es posible que la administracion pública destine un espía para cada hombre, ni que la mitad del cuerpo social se convierta en tribunal para juzgar al resto. Y sin embargo para que haya seguridad completa, es necesaria la existencia de ese observador y la de un tribunal para cada individuo. Como uno de los comprobantes de esta necesidad, puede recordarse la práctica de todos los pueblos, asegurándose de ciertos actos por medio del juramento, en lo cual se reconoce la precision de ligar la parte interna del hombre.—Ese observador y ese tribunal es el de la conciencia, que ninguna

facultad puede restablecer sino la Sagrada que veneramos. Ella da á conocer la justicia universal, que mantiene en paz á todos, y esta no puede ser general sino por la suma de las virtudes de los particulares. Esta Sagrada Facultad es la que *demuestra* la necesidad y la real existencia de una Religion puramente divina, que liga á los hombres con todas sus obligaciones por medio de un vínculo imperioso y verdadero, haciéndolo ver con argumentos inconcusos.

El remedio de los males públicos y privados no se encuentra, porque se escribe mucho sobre derecho y muy poco sobre deberes. La doctrina y teoría de los primeros cunde y se estiende, porque es muy halagüeña, mientras que la de los segundos se mira con aversion, ya porque enfrena los extravíos de las pasiones, ó ya porque, desatendida la ciencia Sagrada, parece cosa indiferente el cumplimiento de obligaciones, cuya eficacia se pone en duda por la propaganda del error.

La conciencia ilustrada por la palabra divina su ley poderosa, es el único freno capaz de contener en sus deberes al hombre, enseñándole la existencia de los mismos y las terribles consecuencias de sus transgresiones. No son leyes lo que hay que restablecer en las naciones modernas. Leyes no faltan en prodigiosa abundancia; y los partidos políticos se encargan de disputarse su imperio. Lo que hay que afianzar es el de la conciencia para todos los partidos, para todas las fracciones, para todos los individuos. Si á estudiar y cumplir las obligaciones respectivas se aplicáran todos los hombres, sin mas esfuerzos quedarian respetados los derechos propios y ajenos; por un camino mas corto y seguro se obtendrian resultados mas positivos. La ley de las leyes es la divina. *Notas fecit vias suas Moysi, filiis Israel volum-*

tates suas (7). « Hizo conocer á Moisés sus caminos, y á los hijos de Israel su voluntad. » Cúmplase, pues, la voluntad de Dios, y mucho se habrá adelantado en todos conceptos: cúmplase, pues, así en la tierra como en el cielo.

No tenemos la arrogancia de pretender que la Sagrada Teología sea ciencia única y universal, ni que ella sola baste para formar consumados políticos, gobernantes, juristas y filósofos, sino que es la única facultad que puede restablecer por medio del convencimiento el imperio de la conciencia en los políticos, en los gobernantes y en los gobernados, sea cual fuere su profesion ó ejercicio. Si otras ciencias son importantes porque esplican los *derechos*, esta procede en orden inverso, y enseñando á todos los hombres públicos y particulares sin distincion de clases ni profesiones, la manera de cumplir sus *deberes* en todos los casos que ocurran y sea cual fuere la situacion en que se hallen, el objeto de las demas facultades, que podemos sin rebozo llamar subalternas, se llenará mas fácilmente, con mayor provecho de los pueblos en general y de los individuos en particular.

Tampoco esto quiere decir que todos los hombres hayan de estudiar Teología. No: esta insinuacion la hacemos á los que, teniendo ansia voraz de saber, deseen quedar satisfechos en la investigacion de la verdad, es decir, á los pretendientes y aspirantes á la sabiduría, porque téngase en cuenta que no es el entendimiento de un sábio el que deja subsistir las mayores dudas sobre los puntos mas capitales y mas interesantes al hombre, entreteniéndose en cuestiones que en último resultado no importan gran cosa, así como es un nécio el que se ocupa de bagatelas. Por lo demas, al contrario: dichoso el que favorecido por la Divina gracia tiene fé bastante para creer sin investigar y sin dudar,

practicando el bien. Esta cabalmente es una de las mayores glorias de la Religion Católica, á saber: que su principal objeto es hacer que se *practiquen* las reglas sapientísimas de su moral, que los hombres sean realmente buenos, sin desperdiciar el tiempo en cavilaciones sobre lo que no está á su alcance. En una palabra, la sociedad de Jesucristo se complace en obrar mucho (bien, se entiende) y cavilar poco. Es incomparablemente mas sublime que la célebre academia de Memfis, cuyo principal estatuto era: «Los académicos pensarán mucho, escribirán poco y hablarán lo menos posible.» Sí: es mucho mas útil la ciencia que enseña á bien obrar que la que hace perder el tiempo en discurrir.

Las leyes humanas solamente alcanzan con grave dificultad á imponer deberes esternos, que se eluden con tanta facilidad como lo demuestra la mas dolorosa esperiencia. Se necesita una ley mas poderosa que estas, porque «si el Señor no custodia la ciudad, inútilmente se desvela el que la guarda.» *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam* (8). La palabra y la ley de Dios es mas viva y mas eficaz que la de los hombres, «mas penetrante que cualquiera espada de dos filos; y que entra y penetra hasta los pliegues del alma y del espíritu, hasta las junturas y los tuétanos, y discierne y califica los pensamientos y las intenciones mas ocultas del corazon.» *Vivus est enim sermo Dei, et efficax, et penetrabilior omni gladio ancipiti: et pertingens usque ad divisionem animae ac spiritus, compagum quoque ac medullarum, et discretor cogitationum et intentionum cordis* (9).

La ciencia teológica es la encargada de dar á conocer esta ley con certeza, *demonstrando* la verdad de la Revela-

cion Divina, y poniendo de manifiesto su imperio. Asienta su evidencia sobre bases tan sólidas ó mas que las de cualquiera otra facultad científica de otro órden. La Religión sobrenatural y verdadera tiene misterios por necesidad intrínseca, digámoslo así, fundada en la inmensidad de Dios, á quien no puede comprender la limitacion del hombre. Pero si éste se convence de que Dios habla, no tiene otra cosa que averiguar para creer firmemente todo cuanto diga Dios, aunque no lo pueda todo comprender. La mision divina del Divino Fundador, se demuestra en esta Facultad Sagrada concluyentemente «atestiguándola Dios con señales» y portentos y variedad de milagros y con los dones del «Espiritu Santo, que ha distribuido segun su beneplácito.» *Contestante Deo signis et portentis, et variis virtutibus, et Spiritus Sancti distributionibus secundum suam voluntatem* (10). «Porque no traen su origen las profecías de la» voluntad de los hombres, sino que los varones santos de «Dios hablaron, siendo inspirados del Espiritu Santo.» *Non enim voluntate humana allata est aliquando prophetia; sed Spiritu Sancto inspirati, locuti sunt Sancti Dei homines* (11).

No es necesario que háyamos sido todos testigos presenciales de los ilustres prodigios, en que descansan las pruebas del origen divino de esta doctrina. Eso sería reclamar que el portento se repitiese con cada uno de los hombres, pues no de otra manera quedaria satisfecho el temerario y absurdo pirronismo de los incrédulos, que hayan prestado oídos á las vanas declamaciones del sofista de Ginebra. No es de esta ocasion refutar sus satíricas cavilaciones. La facultad que recomiendo, tiene abundantes medios de verificarlo, y solo indicaré que en cuestiones de hechos, aparte

de la osadía de censurar á la Divinidad, es perder el tiempo atormentar la imaginacion sobre la posibilidad de que pudiesen haberse realizado de esta ó de la otra manera. Entró en las altas miras de la Providencia hacer á los hombres una revelacion general, con preferencia á una multitud inmensa de revelaciones individuales; y aun la razon misma alcanza fundamentos bastantes para defender á la Divinidad de los atrevidos cargos de los sofistas. No me propongo ahora vindicar al Cristianismo, que no necesita de mis débiles esfuerzos, ni esta es oportunidad de verificarlo. Baste decir que lo han hecho y lo hacen constantemente ilustres apolo-gistas. Quiero, sin embargo, reclamar para la Facultad Sagrada la muy alta importancia social, que tiene como ciencia.

Todos los sábios convienen en que el Cristianismo ha civilizado al mundo, y sobre tan importante materia se han ejercitado plumas eminentes. Todos reconocen su influencia en los diferentes ramos del saber, con especialidad en los mas interesantes. La Jurisprudencia debe mucho á la Religion Católica. La sana filosofía no es otra cosa que la razon ilustrada por la fé de la revelacion Divina acerca de las investigaciones mas profundas é importantes que han llamado siempre la atencion del espíritu humano; y sin embargo, la ciencia teológica que *convence* de tan elevadas verdades, se mira por los profanos con lamentable indiferencia, mientras que ellos en sus teorías é hipótesis *jamás* quedan satisfechos, ni pueden quedarlo, porque las necesidades del género humano piden remedio mas eficaz.

Es una declamacion constante que las costumbres públicas y particulares se hallan sensiblemente relajadas, que no hay moralidad, que no hay conciencia, que no hay hon-

radez, que no hay de quien fiarse; y se añade *por necesidad* que el remedio está únicamente en la Religion. Es una verdad. No se pronuncia discurso alguno público, ni arenga cualquiera sobre asuntos análogos á los espresados, en que esta declamacion no se repita, en que la misma aspiracion no se manifieste. Pero ¿cómo se compadece este aserto con la postergacion que sufre, particularmente entre nosotros, el cultivo de las ciencias Sagradas? Si la Religion ha de curar todos los males, el medio natural y directo de obtener el fin, es reconocer la importancia de su estudio y aplicarse á él.

Toda la sabiduría de los hombres de Estado no alcanza hoy á prever y evitar los crímenes, que se aumentan en progresion considerable, porque el veneno de las malas doctrinas ha cundido demasiado. No basta ya examinar como en otro tiempo las cuestiones políticas: en su lugar, y cuando menos se piensa, salen á la palestra algunas de carácter social, que llenan de consternacion al mundo, y toda la ciencia de los políticos no es capaz de conjurar la tormenta.

En un discurso notable de un personaje contemporáneo, muy conocido en la república de las letras y en el campo de la política, se lee la observacion de que en los tiempos modernos las revoluciones van tomando un carácter muy grave, por que no se trata del interés de los gobiernos, ni del triunfo de uno ú otro partido, sino que la cuestion es de existir ó de no existir: se reconoce que serán vanos los conatos de los legisladores é inútiles las mas sábias instituciones, si á la par no se echa mano de los medios *morales*, únicos capaces de remediar el mal: se advierte que la acción de las leyes de suyo es limitada, y que el código mas severo aparece impotente, si se opone cual única barrera para contener las pasiones de la muchedumbre, aquejada á un tiempo por tantos

y tan poderosos estímulos y por tan débiles frenos contenidas. Aun sube de punto el peligro, añade el orador, si en vez de dar al pueblo una educación *moral y religiosa*, acomodada á su condicion, que le inspire, juntamente con el amor al trabajo, las modestas virtudes propias de su estado, se inficiona su ánimo con las doctrinas mas perniciosas: que no deben estas desatenderse porque parezcan de leve monta, y no se perciban al pronto sus estragos, pues que son como los gusanos roedores, que si con tiempo no se acude, acaban por destruir el bajel mas soberbio: que cuando se consiente que cundan en el pueblo semejantes doctrinas, no hay que estrañar despues si él saca las consecuencias naturales, si mira á las clases acomodadas como detentadora de sus bienes, á la autoridad legítima como una usurpacion, á la propiedad como un robo: que lo mas singular es, que los que imbuyen al pueblo semejantes doctrinas, erigiéndose en sus maestros y patronos, le causan (tal vez sin conocerlo ellos mismos) un daño de difícil reparacion: que tal es presentar á su vista una perspectiva seductora, á que nunca puede llegar, agravando de esta suerte sus padecimientos, alimentando sus aviesas pasiones, en vez de unir á todas las clases con el vínculo de recíproca benevolencia, indispensable para la pública felicidad. Continúa este atento observador manifestando que nada pudiera contribuir mas eficazmente á procurar tan supremo bien como el sentimiento *religioso*, pues que *ninguno* le iguala en capacidad para penetrar hasta lo íntimo del corazon humano, cortando en su misma raiz el principio del mal: que *él solo*, mas que todas las teorías de los pretendidos reformadores, puede infundir á las clases elevadas los piadosos sentimientos, que comprende como un símbolo sagrado la *caridad cristiana*, la cual por ingeniosos medios

:

acude á remediar los padecimientos de las clases menesterosas, al paso que inspira á estas una resignacion saludable; y por último, concluye diciendo que sana instruccion y buenos ejemplos ha menester el pueblo en vez de falsos sistemas y teorías impracticables, que principian por ofuscar su entendimiento y acaban por pervertir su voluntad; pero que el mejor antídoto contra tan grave mal no es seguramente la ignorancia desatentada y ciega, sino la ilustracion, que difundíendose por todas las clases del Estado, estiende su benéfica influencia hasta el fondo mismo de la sociedad.

Dos reflexiones principalmente ofrece el exámen de este notable documento. Es la primera, que á pesar de mencionarse á las altas clases de la sociedad, como necesitadas de sentimientos religiosos (espresion algo impropia tomada de la estéril filosofía, en vez de decir *creencia* religiosa ó mas bien fé católica) parece como que la mayor escasez de este bien se advierte en la plebe; y no es así. La segunda reflexion es, que se reconoce á la muchedumbre estraviada por las falsas doctrinas. Ciertamente; y nosotros añadimos, entiéndase bien, por las falsas doctrinas de los *sábios*. Estos son los verdaderos responsables de los extravíos de la multitud, y los verdaderos autores de los crímenes que esta ejecuta, casi siempre como simple instrumento.

A los sábios, á los pretendidos filósofos modernos hay que *convencer*; y para ello es necesario que domine y resplandezca la magestad *científica* de la verdad teológica. A la sabiduría del siglo es necesario oponer, y téngase muy en cuenta, no la supersticion, no el fanatismo, no el entusiasmo, sino la *demonstracion* de la certeza de la verdadera sabiduría, cuyo principio es el santo temor de Dios, *initium sapientiae timor Domini* (12).

Veamos de que manera ha progresado la incredulidad moderna con el aparato y ostentacion de ciencia, y quedará mas patente la necesidad de destruirla científicamente.

Aparte de los idólatras en países salvajes, el mundo se hallaba dividido en sectas mas ó menos disidentes, herederas por lo general de antiguos errores, pero con carácter religioso, mientras que en todos tiempos ha resplandecido como el sol la verdadera y única Religion divina, la Católica, Apostólica, Romana. Apareció la doctrina de Calvino, teoria de la desesperacion, haciendo á Dios autor del pecado, y tambien la de Lutero referente á los dogmas de la predestinacion, gracia, libre albedrío, y otros. Ambos heresiarcas produjeron extraordinarias conmociones en la sociedad, especialmente Lutero, que profesaba los principios mas anárquicos en su libro *De la libertad cristiana*. Repetian los errores de los Albigenses, de los Valdenses ó pobres de Leon, discípulos de Pedro Valdo, de los Begardos, de los Fratricelos, de Juan Wiclef, del discípulo de éste Juan Hus; y como eran tan perjudiciales á la verdadera Religion como á la pública tranquilidad, prepararon los ánimos á un mismo tiempo para la incredulidad, la insubordinacion y la desobediencia. Sus principios dieron origen á los que profesaron despues los Socinianos ó Hermanos Polacos, cuyas consecuencias sacaron luego los Deistas.

Véase, pues, indicada la generacion de la incredulidad que hoy parece destrozar el mundo. Del seno del Protestantismo salieron en Inglaterra Tomás Hobbes ú Hobbs, autor del *Tratado del ciudadano* con dañosas máximas, y del libro llamado *Leviatan*, que escitó la animadversion de todo el mundo, Juan Toland, famoso por sus detestables escritos, alguno de los cuales repugnó aun al mismo libertinaje, To-

más Woolston, notable por sus impiedades contra los milagros de Jesucristo, escribiendo seis discursos sobre ellos, en que á pretexto de hacerlos pasar por alegorias, se esfuerza en destruirlos, Mateo Tindall, autor de un perverso libro intitulado «El Cristianismo tan antiguo como el mundo, ó »el Evangelio, segunda publicacion de la religion natural.» En Holanda apareció Benito Espinosa, que habia sido judío de profesion, el primero que erigió en sistema el ateismo, pero tan absurdo que el mismo Bayle, acostumbrado á abusar de su talento para dar aires de probabilidad y de verosimilitud á los mas monstruosos errores, no encuentra en el Espinosismo otra cosa que contradicciones é hipótesis absolutamente insostenibles. Cuando Espinosa fué escomulgado por la Sinagoga, escribió en español una defensa de su apostasia, que no sabemos haya sido impresa. En el mismo pais se dió á conocer Pedro Bayle, gran sofista que se ocupaba en confundir lo verdadero con lo falso, en torcer un principio y trastornar una consecuencia, aficionado á producir dudas, á hacer problemáticas las verdades mas evidentes, proponiendo dificultades mil veces refutadas; reunia todos los errores de los siglos pasados, sosteniendo casi en todas sus obras un escepticismo, que se estendia á todas las religiones, y blasonaba de ser verdadero protestante en el hecho de protestar contra todas, si bien parece dirigir sus tiros á la cristiana. Era Bayle un protestante refugiado en Holanda, y habria causado menos daño si solo hubiera sido un sectario apegado á los errores de algun heresiarca; pero sus escritos sarcásticos y licenciosos hacen ver que no tenia religion alguna. En sus obras con especialidad es donde se ha buscado posteriormente casi todo lo que se ha dicho contra la Religion, y es escritor que ha tenido una influencia

marcada en los errores del siglo XVIII. Estos repugnantes personajes pueden considerarse como los maestros ó patriarcas de ese gran número de escritores de todos los países, que despues han reproducido los mismos sofismas bajo diferentes aspectos.

Sin embargo, el progreso más reciente del error hay que buscarlo en Francia. Habia encomendado Luis XIV la educacion de sus nietos, entre ellos el Delfin, conocido mucho tiempo con el título de duque de Borgoña, al sábio Fenelon, quien tuvo particular esmero en formar un excelente príncipe, que hiciera esperar á la nacion un reinado feliz. Era el Delfin modelo de piedad, de buenas costumbres y enemigo del fausto y de los desórdenes de todo género. Germinaba en aquel reino el espíritu de turbulencia en las materias teológicas y morales, y no parece sino que Dios quiso castigar á aquel pais, llevándose al ilustre discípulo de Fenelon. El príncipe Delfin murió en 18 de febrero de 1712, sin dejar otra sucesion que un niño de dos años, á quien correspondia el trono, que luego obtuvo por muerte de su bisabuelo Luis XIV. Falleció éste en 1.º de setiembre de 1715, á los setenta y siete años de edad; y á pesar de lo prevenido en su testamento, la regencia del reino durante la menor edad del nuevo monarca, recayó en Felipe, duque de Orleans, que se distinguia por su amabilidad y talento, pero sin principios, amigo de placeres é indiferente por la Religion. Su palacio era el receptáculo de la licencia: allí principalmente era donde se toleraban los sarcasmos y gracejos impíos contra las doctrinas y las personas mas respetables. De allí partian las burlas y chanzonetas que luego circulaban por la córte y las provincias. Fué mirado el Regente como el apoyo de los incrédulos, que se engalanaban

con el nombre de filósofos, así como el patrocinador de la liviandad mas desvergonzada, que desde su palacio se difundia por todo el reino. Así es que aquella época tristemente célebre pareció cambiar el aspecto y el carácter de la nacion. La audacia de las opiniones y el descubierto alarde de inmoralidad, habian llegado á ser asunto de moda bajo un príncipe, que daba tan malos ejemplos. Sin embargo, el atrevimiento no habia alcanzado todavía mas que á publicar hojas volantes, folletos y libelos anónimos, porque como la mayor parte del reino permanecia adicta á los venerandos principios de la Religion, no se arriesgaban los impíos á dar al público sus nombres.

Es verdad que por aquella época habia hecho su entrada en el mundo, María Francisco Arouet, que cambió su nombre en el de Voltaire; pero éste, aunque desde sus primeros estudios descubrió una marcada tendencia á la irreligion, se forjó su sistema en dos viajes que hizo sucesivamente á Holanda, y una residencia de tres años en Inglaterra, á donde fué en 1725. Allí hubo de conocer á Tindall, Collins, Woolston, á los discípulos de Toland y de Shaftesbury: probablemente de sus conversaciones y escritos fué de donde, con una estremada libertad de pensar, sacó el deseo de propagarla. En Inglaterra fué donde compuso las *Cartas filosóficas*, á que primero habia dado el título de *Cartas sobre los ingleses*. Dificil es hallar hombre de mas talento y de mayor variedad de erudicion: apenas hay género de literatura, en que no se ejercitase; y con estos elementos dió á su siglo un terrible impulso hácia el desconcierto de todos los principios. Antes de 1730 habia jurado consagrar su vida á la destruccion del Cristianismo. Atacó á la Religion directamente con la mayor osadia, esgrimiendo el arma

del ridículo con una destreza en que nadie le ha igualado, adornando sus sofismas con estilo seductor, y sin embargo elegante, natural y fácil, que pone sus escritos al alcance de toda clase de lectores. Así este hombre funestamente célebre consiguió hacer prosélitos en crecido número.

En Francia, como hemos dicho, la licencia era entonces aun tímida, por decirlo así. Todavía el error sufría persecucion, y en decreto del Parlamento de París de 10 de junio de 1734 se condenaron al fuego las *Cartas filosóficas*.

Anónima permanecía la impiedad hasta que en 1751, un Bachiller de la Sorbona, auxiliado por Diderot, que fué de los principales promovedores de la filosofía irreligiosa, tuvo el valor de sustentar una tésis, compendio de todas las paradojas inventadas por los llamados espíritus fuertes, siendo aquel acto como el primer ensayo público de esta perniciosa filosofía. En aquel mismo año fué cuando vieron la luz pública los dos primeros volúmenes del *Diccionario enciclopédico*, que segun el prospecto, se pretendia fuese el depósito mas acabado de todos los conocimientos humanos, y que él solo sirviese de biblioteca. Fué en realidad el almacen de todos los sofismas, errores y calumnias que se habian podido forjar contra la Religion desde las primeras academias de la impiedad hasta esa enorme compilacion, que puede considerarse como el arsenal de todos los incrédulos. A fuerza de multitud de prospectos, de recomendaciones, de elogios de periódicos parciales y de alabanzas de todo género, la Enciclopedia se abrió paso á todas las bibliotecas y gabinetes, inundando como un diluvio al mundo, el cual poco á poco, sin embargo de sus pretensiones de sábio, se convirtió en mundo anticristiano. Con este objeto se emprendió aquella

obra que apesó é inficionó al universo, causando en los espíritus mas estragos, que en los cuerpos el cólera morbo. *Sermo eorum ut cancer serpit* (13). «La plática de estos »cunde como cáncer ó gangrena.»

Sin embargo, sábios y hábiles escritores se apresuraron á quitar la máscara al error, á refutarlo muy ventajosa y victoriosamente, demostrando las verdades de la Religion con toda evidencia. Este es el triunfo constante de la Sagrada Teología contra la filosofía. Si esta se ostenta, como sucede casi siempre, con pretensiones y aparato de sabiduría, no se la puede destruir sino por medio de la ciencia, que sabe fijar los limites del entendimiento humano y *demostrar* la certeza de los dogmas católicos, que no dejan de ser verdades reales por hallarse mas elevadas que la esfera de nuestra pobre inteligencia. Este es el gran bien, superior á todos, que la sociedad obtiene del estudio de las ciencias Sagradas, que afianzan el imperio de la Religion y despiertan la conciencia en la sociedad y en sus individuos.

La necesidad absoluta de la Religion, ó como se dice ahora, del principio religioso para la conservacion de los Estados, ha sido causa forzosa de que todas las naciones de todos los tiempos se han apoyado en una Religion, que impere donde no pueden alcanzar las leyes humanas.

El famoso Plutarco, maestro del emperador Trajano, asegura que en la formacion de las leyes lo mas importante es la opinion de los dioses; y por eso todos los legisladores han consagrado á los dioses los pueblos, á los cuales han dado leyes: Licurgo á los lacedemonios, Numa á los romanos; y que andando por muchas tierras se hallarian algunas ciudades sin muros, sin letras, sin reyes, sin casas ni riquezas, y sin monedas, sin escuelas y teatros; pero ninguno

ha visto ciudad que no tenga templos, que carezca de dioses, que no use de oraciones y juramentos, que no haga sacrificios para alcanzar de Dios lo bueno y suplicarle que aparte de ella todo lo perjudicial; y añade su ilustrado parecer de que antes podria fundarse una ciudad en el aire y sin suelo, que poderse gobernar bien sin Religion.

Lo mismo atestiguan los Escritores políticos, y citaremos á los menos sospechosos por cierto. Dice Juan Bodino que aun los ateos confiesan no haber medio mas eficaz y poderoso para conservar los Estados y las Repúblicas que la Religion; que ella es el principal fundamento del poder, de la ejecucion de las leyes, de la obediencia de los súbditos, del respeto á las autoridades, del temor de obrar mal, y de la amistad entre los hombres; que por esto se debe de tener gran cuidado de que una cosa tan sagrada como la Religion, se guarde inviolablemente y no se abran discusiones en contra, porque de ella depende la conservacion ó la ruina de la República.

Se reconoce, pues, el hecho y la necesidad como cosa notoria sin oposicion de ningun género. La ilustracion del siglo actual indica lo que falta.

Ya no puede pasar ni sirve para nada la doctrina de Maquiavelo, que dice deben los gobiernos favorecer todas las cosas que atañen á la Religion (*aunque las tengan por falsas*) y acrecentarlas tanto mas quanto fueren mas prudentes y mas sábios en las cosas naturales. De modo que no pudiendo su política prescindir de la Religion, mira esta como un simple instrumento político para mantener á los pueblos en paz y ventura. Pero como observa un autor distinguido, son absurdas é insensatas las odiosas blasfemias de Maquiavelo. Hace nacer el sentimiento de la necesidad de la

Religion, no del grito de la razon y de la naturaleza, sino de la impostura y artificio de los príncipes, que la han imaginado, dice él, para consolidar su autoridad. Así es que por una parte reconoce la necesidad social de la Religion, y por otra supone que la misma necesidad queda remediada, aun considerando la Religion como una superchería del poder. Si esta perversa máxima podia en tiempos de ignorancia asegurar la dominacion de algunos malos gobernantes, no puede correr hoy tan absurda doctrina: además de que en la apreciacion del hecho referido, constantemente observado en todos los pueblos, hay un error muy notable. Los príncipes políticos han apoyado, es cierto, su autoridad en la religion de los pueblos; mas esto es porque han encontrado siempre en el espíritu y en el corazon de los mismos la poderosa creencia de una Religion sagrada é inviolable. Este es un medio *preexistente* que han aprovechado; y no un instrumento político de su invencion. ¿Qué se diría de un filósofo que tuviera la pretension de que las pasiones humanas debiesen su existencia al artificio de los príncipes y de los políticos por haber hecho estos servir á sus fines las pasiones de los hombres? Se afirmaría de él, lo mismo que de Maquiavelo, que trastorna impudente y sofisticamente el orden y la naturaleza de las cosas, con el objeto de apoyar una bizarra y estravagante paradoja. Tal es el desconcierto de ideas y principios, al que conduce un desatentado y ciego fanatismo de impiedad. Repara el mismo autor que por sacudir el yugo de toda religion, no se detienen los incrédulos ante el temor de renunciar manifiestamente á las luces mas claras de la razon y de la naturaleza, y para darse el tono de *espiritus fuertes*, no se ruborizan de aparecer como *espiritus siniestros*, inconsecuentes y falsos.

Si en otras épocas era posible valerse de la indicada profanacion, si la política de Maquiavelo en este punto ha podido ser la de hecho á causa de la ignorancia general, y ha sido permitido á los poderosos incrédulos tener paz, porque los pueblos veneraban una Religion que aquellos miraban como una mitología política, para que entretenido el vulgo no pensase en otra cosa, ya no es posible semejante impudencia. Si la Religion ha de ser el fundamento de los Estados, como no puede menos de suceder, es necesario que haya *verdadera* creencia en los poderosos y que profesen la Religion con toda la sinceridad y veneracion que su divinidad reclama, lo cual no podrá conseguirse sin que el estudio de la Teología, que es la ciencia de la revelacion, no difunda por todas partes sus luminosos resplandores. No cabe ya que los pueblos permanezcan religiosos, mientras que los potentados sean impios: estos no pueden ya pretender que la ignorancia sea el vínculo de los sumisos. No: las doctrinas circulan con la velocidad del vapor, y la ilustracion llega á todas las clases de la sociedad. En las que parecen menos cultas, se discuten á veces las cuestiones mas elevadas y trascendentales, debiendo tenerse muy en cuenta que no se discurre solo en teoría. Si me es permitido, sirva de aviso: Las ideas se traducen á la práctica: las que son perversas inficionan las calles y las plazas, los palacios de los ricos y las cabañas de los pobres, á veces inundándolo todo de sangre. No se concibe hoy que pueda dominar la hipocresía y la indiferencia por la Religion en los sábios y poderosos, y que mientras viven ellos libremente, burlándose de lo mas sagrado, deje de cundir su ejemplo en los pueblos y que permanezcan estos en la mas religiosa y sumisa conformidad. Igual sería esta pretension á la de una madre que, entregada á la liviandad y al

desórden, tuviese la cándida ocurrencia de hacerse creer la ilusión de que no obstante el escándalo, sus hijas pudieran ser modelos de virtud, sin apercibirse del mal ejemplo. No pasa ya semejante superchería en materia tan grave. No hay que culpar á los pueblos: estos son naturalmente dóciles; y verdaderos pupilos, como todos los gobernados, tienen derecho á una proteccion real y *sincera*. Su felicidad no se labra ya con hipocresías. Es necesario profesar con toda franqueza la doctrina de la verdad religiosa. No hay que culpar á los pueblos, repetimos. La raiz del mal está mas profunda. Se halla en los sábios, que son los que pervierten á aquellos con sus doctrinas y teorías.

De consiguiente, el remedio natural y verdadero, sin ilusorias aspiraciones no es otro que el de *convencer* de sus errores á los pretendidos y orgullosos sábios, demostrándoles que « la sabiduría de este mundo es *necedad* delante de » Dios; pues está escrito: Yo prenderé á los sábios en su propia astucia. Y en otra parte: El Señor penetra las ideas de » los sábios, y conoce la vanidad de ellas.» *Sapientia enim hujus mundi, stultitia est apud Deum. Scriptum est enim: Comprehendam sapientes in astutia eorum. Et iterum: Dominus novit cogitationes sapientium, quoniam vanae sunt (14)*. El encargo de demostrar y de convencer que la sabiduría del mundo y la ciencia de la filosofía es una evidente necedad en presencia de la verdad Divina, corresponde á la Sagrada Teología, á esta *Facultad Principe*, que no es una mitología, como pretenden los sábios corruptores de los pueblos. Se distingue la ciencia Sagrada de las fábulas inventadas por los hombres, como la luz de las tinieblas y la verdad del error.

Es la ciencia que aventaja á todas las demas, las cuales

son sus servidoras, como lo prueba el Angélico Maestro, aplicándole aquellas palabras de los Proverbios: «La sabiduría..... envió sus criadas á convidar para el alcázar.» *Sapientia... misit ancillas suas ut vocarent ad arcem* (15). Como ciencia especulativa y práctica aventaja á las demas en ambos conceptos, ya por su mayor certeza, como fundada en la palabra Divina, ya por la dignidad de la materia sobre que versa, ya tambien por la elevacion del fin á que se dirige.

Los amantes del saber, los que deseen tranquilizar su entendimiento con la posesion de la verdad, los que no quieren creer sin convencerse (los teólogos son los que saben el infinito valor de aquellas adorables palabras: *beati qui non viderunt, et crediderunt*) (16) que cultiven esta ciencia divina y saciarán por completo su sed. El ansia de filosofia revela cierta indiferencia, por lo menos, ó despego de la fé: en buen hora, y nadie puede oponerse, que se pretendan conocer los títulos de la verdad; pero se advierte que los que quieran alcanzar verdadera filosofia, y obtener la posesion segura de la certeza, es necesario que estudien Teología y no cavilaciones estrañas y bizarras, sofismas delicadísimos y sutiles por decirlo así, cuya falsedad no perciben á veces sus mismos autores, por la finura de la equivocacion de que aquellos proceden; pero que causan funestos resultados en el terreno científico, y lo que es tan malo, ó peor, en el mundo práctico. En el saber ó pensar no se levanten mas alto de lo que deben, sino que se contengan dentro de los límites de la moderacion, segun la advertencia del apóstol san Pablo: *Non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem* (17). La precedente escitacion se dirige con especialidad á los sábios: Sí; á los sábios es á quienes la Sagrada Teologia desea convencer, si prestan oidos.

El objeto mas grave y mas digno de la ocupacion de un entendimiento lógico y bien ordenado es el estudio de esta ciencia. Cultivándola, se convencerá de que no es contraria ni repugna á los demas conocimientos humanos, que todos le prestan homenaje y contribuyen humanamente á la mayor esplicacion de sus asertos, atendida nuestra limitacion del modo que lo esplica el citado Angélico Doctor y Maestro. Esta ciencia puede tomar algo de las filosóficas, no porque tenga necesidad de ellas, sino para mayor esplanacion de las verdades que en esta facultad se aprenden, porque no toma sus principios de otra ciencia, sino inmediatamente de Dios por medio de la revelacion: por lo tanto no recibe de ellas como de superiores, sino que se vale de las mismas como de inferiores; y esto no por defecto ó insuficiencia, sino por la cortedad de nuestro entendimiento, el cual de aquello que la razon (de donde proceden las otras ciencias) conoce, mas fácilmente es conducido á las nociones que están sobre la razon humana, y son el objeto de este estudio.

No teman, pues, los amantes de la sabiduría, y tengan entendido que ni las ciencias físicas, ni las matemáticas, ni otra alguna, le son contrarias. No pierdan de vista que hasta ahora las objeciones de los adversarios no han conseguido mas que esparcir *dudas*, y no otra cosa entre los incautos; pero no han logrado ni conseguirán hacer la mas minima *demonstracion* contra los dogmas católicos.

El autor de la revelacion es el mismo de la razon; y las incontestables pruebas evidencian la conformidad. Así como, segun la palabra Divina empeñada, no han de prevalecer contra la verdad católica las puertas del infierno, tampoco triunfarán las armas que á la razon se atribuyen, confundiendo los sofismas con las demostraciones. El error

puede combatir bajo innumerables y diversas formas; pero la verdad no puede ser mas que una.

Concluirémos manifestando que los mayores bienes son los que deben esperarse del imperio científico de la verdad católica, restableciéndose el poder de la conciencia en todos los individuos. Sin él no puede asegurarse la libertad política, de que hasta necesidad tienen los pueblos, pues como observa el célebre Montesquieu, publicista del último siglo: «mientras menos represiva sea la Religion, mas tienen que reprimir las leyes humanas.» Prevalciendo los principios religiosos, las autoridades serán obedecidas «no solo por temor del castigo, sino tambien por obligacion de conciencia» *non solum propter iram, sed etiam propter conscientiam* (48), segun enseña la Religion Católica; los pobres y desgraciados serán socorridos por la *caridad*, que es muy diversa de la filantropía ó beneficencia, y tan distinta como que Jesucristo llamó á aquella mandato nuevo: «Un nuevo mandamiento os doy, á saber: que os améis unos á otros; y que del modo que yo os he amado á vosotros, así tambien os améis reciprocamente.» *Mandatum novum do vobis; ut diligatis invicem, sicut dilexi vos, ut et diligatis invicem* (49): la caridad es gloria *exclusiva* del Catolicismo; habrá tambien pureza y decoro en las costumbres públicas y privadas, harto corrompidas hoy, restableciéndose tambien en este punto la observancia de la celestial doctrina que enseñó el Salvador, esterminando las impurezas gentílicas; se guardará fidelidad en los contratos, y será venerada la religion del juramento. En una palabra, reaparecerán todas las virtudes que se han perdido.

Este inmenso bien solo puede esperarse de la ciencia Divina, á la cual debemos especial predileccion, porque las

facultades humanas no pueden menos de participar de la naturaleza del hombre, definida en estas palabras: «polvo eres, y á ser polvo tornarás:» *pulvis es, et in pulverem reverteris* (20).—He dicho.

O. S. C. S. R. E.

José M. Ruiz Lopez.

Madrid 28 de Junio de 1856.

- (1) Psalm. XXXII, v. 7.
- (2) Psalm. XXXII, v. 10.
- (3) Psalm. CXXVI, v. 1.
- (4) Ley 8, tit. 31, Partida 2.^a
- (5) §. 1.^o Inst. de J. et J.
- (6) Sap. cap. VI, vv. 5 et seqq.
- (7) Psalm. CII, v. 7.
- (8) Psalm. CXXI, v. 1.
- (9) Ad Hebr. cap. IV, v. 12.
- (10) Ad Hebr. cap. II, v. 4.
- (11) Ep. 2. D. Petr. cap. I, v. 21.
- (12) Psalm. CX, v. 10.
- (13) Ep. 2. ad Tim. cap. II, v. 17.
- (14) Ep. 1. ad Corinth. cap. III, vv. 19, 20.
- (15) Prov. cap. IX, v. 5.
- (16) Evang. sec. Joann. cap. XX, v. 29.
- (17) Ad Rom. cap. XII, v. 5.
- (18) Ad Rom. cap. XIII, v. 5.
- (19) Evang. sec. Joann. cap. XIII, v. 34.
- (20) Gen. cap. III, v. 19.